

El poeta Rolando Cárdenas

Por Marino Muñoz Lagos



El 8 de julio de 1987 recibimos un pequeño libro, obsequio del escritor Ramón Díaz Eterovic. Su título: "Nueva York 11". Es la dirección de un bar muy cotizado por jóvenes bohemios, aprendices de poetas y poetas de verdad. También, algunos narradores. Le dicen "La Unión Chica", para diferenciarlo del Club de la Unión, que levanta por ahí cerca su vetusta casona. Este bar de los escritores tiene una larga y nutrida historia y muchos parroquianos. Hoy falta a la cita sin firmar su rol el poeta magallánico Rolando Cárdenas, uno de sus más férreos y puntuales clientes.

Allí, sobre sus mesas manchadas por el vino de los anohecidos, quedaron en el más oscuro de los anonimatos versos y trozos antológicos que el viento de las madrugadas hizo volar hacia los cuatro puntos cardinales del olvido, entremezclados con las blasfemias y los sollozos. Acodado en su mesón, Rolando Cárdenas miraba a través de la niebla del humo de los cigarrillos, ese sur lejano que le llamaba con sus ventiscas tenaces y sus escarchas transparentes.

Recordamos aún sus versos anchos y vigorosos hundiendo las sílabas en la distante geografía meridional, allí donde los abuelos conversan con la tierra y escuchan las agónicas voces de otros tiempos. Rolando Cárdenas llevaba en su corazón su ritmo de ausencia: "Yo tengo en mis retinas, yo reconstruyo / tus contornos de luz y de ventiscas, / y a los hombres que sólo saben del sol / les doy tu geografía hecha pedazos. / Yo les digo que vengo de tus aristas duras / con un puñado de nieve en las manos / y un viento rebelde en los cabellos. / Que en tu costra escarchada el arado se angustia. / Que el cielo es un inmenso campanario / donde están las gaviotas y el granizo".

Rolando Cárdenas nació en Punta Arenas en 1933. Su educación primaria la realizó en la Escuela Superior de Hombres N° 15, del barrio Prat, y después ingresó a la Escuela Industrial Superior Armando Quezada Acharán. Más tarde, continuó sus estudios en la Universidad Técnica del

Estado y egresó de sus aulas en la Escuela de Construcción y Topografía. Trabajó un tiempo en Tierra del Fuego para la Empresa Nacional del Petróleo.

Gran parte de su poesía está impregnada del clima y la soledad magallánicas, como una constante leal y persistente, abierta hacia ese pasado que alimentó sus épocas de niño y de adolescente. En esa poesía florecen la amistad y la familia con un don de generosidad que rompe los moldes habituales. Es lo que permanentemente salta de las páginas de sus libros, aquellos que prestaron la savia vital de sus estrofas y renglones: "Era la mesa con su alegría tan profunda, / antigua como su pan o su vino, / con su rostro blanco de todos los días, / con los mismos gestos e iguales palabras / como si fuera el agua o una puerta. / Era el tiempo que se detenía a escudriñar / y que no se notaba porque siempre se repetía, / salvo la nieve que reaparecía / y se sentaba a ella como todos los inviernos".

Rolando Cárdenas publicó varios libros de poesía, quizás menos de los pensados en un balance a vuelo de pájaro: los suficientes para darnos cuenta de su valía creadora. Por ahí andan sus títulos: "Tránsito breve", "En el invierno de la provincia", "Personajes de la ciudad", "Poemas migratorios" y "Qué, tras esos muros". Tomos llenos de luz austral, parpadeando en sus quehaceres, subiendo por mágicas y misteriosas escaleras.

El poeta, el autor de sus líneas temblorosas, se ha ido para siempre. Se lo llevó la muerte dura y Rolando Cárdenas lo sabía, en la premonición exacta de los vates, que por algo son los que vaticinan. En el reino terrenal quedan sus versos atravesados por la emoción, sus palabras que urdieron ese maravilloso cañamazo que sólo puede explicar la poesía misma en sus delirios.